

The illustration depicts a scene from the fairy tale 'Sleeping Beauty'. A woman, presumably the princess, is lying on the floor in a state of unconsciousness. She is wearing a dark purple gown with a green shawl draped over her shoulders and a dark red headscarf. Her eyes are closed, and her expression is peaceful. The setting is a room with a large, arched window in the background. The window has a gothic-style frame and is divided into several panes. The room's walls are a light, muted color. The entire scene is framed by a decorative border of red roses and green leaves. The text 'LA BELLA DURMIENTE' is written in a large, white, serif font across the top of the illustration. Below it, the author's name 'HERMANOS GRIMM' is written in a smaller, white, sans-serif font inside a purple oval. At the bottom of the illustration, the text 'ILUSTRADO POR DIEGO MOSCATO' is written in a small, black, sans-serif font.

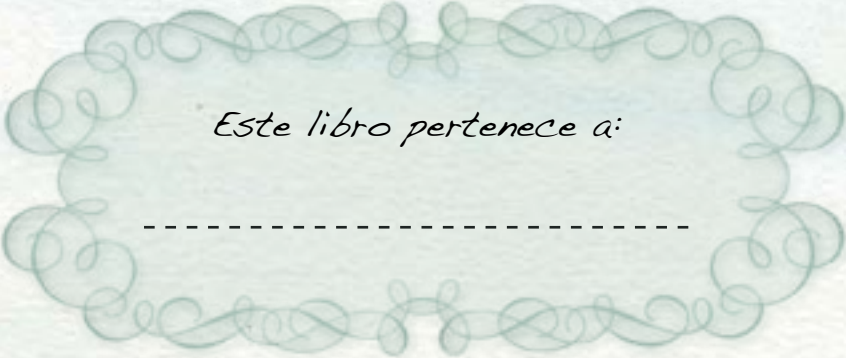
# LA BELLA DURMIENTE

HERMANOS GRIMM

ILUSTRADO POR DIEGO MOSCATO



ESCUELAS  
DEL BICENTENARIO



*Este libro pertenece a:*

-----



Grimm, Jakob Ludwig

La bella durmiente / Jakob Ludwig Grimm y Wilhelm Karl Grimm; adaptado por Jimena Dib; ilustrado por Diego Moscato. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación IIPE-Unesco, 2012. Recurso Electrónico.

ISBN 978-987-1875-05-4

1. Cuentos Clásicos Infantiles. I. Grimm, Wilhelm Karl II. Jimena Dib, adapt. III. Moscato, Diego, ilus. IV. Título CDD 863.928 2

### **Proyecto Escuelas del Bicentenario**

IIPE - UNESCO Buenos Aires. Agüero 2071, (C1425EHS), Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723. Libro de edición argentina. Estos libros son distribuidos en forma gratuita en escuelas primarias del país. Prohibida su venta.

Esta publicación se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2012,  
en Fotocromos Triñanes, Charlone 971, Avellaneda. Pcia. de Bs. As.

# LA BELLA DURMIENTE



n un lugar remoto, hace mucho tiempo atrás, vivían un rey y una reina que todos los días exclamaban: “¡Ah, qué felicidad si tuviéramos un hijo!”; pero pasaron varios años sin que tuvieran ninguno.

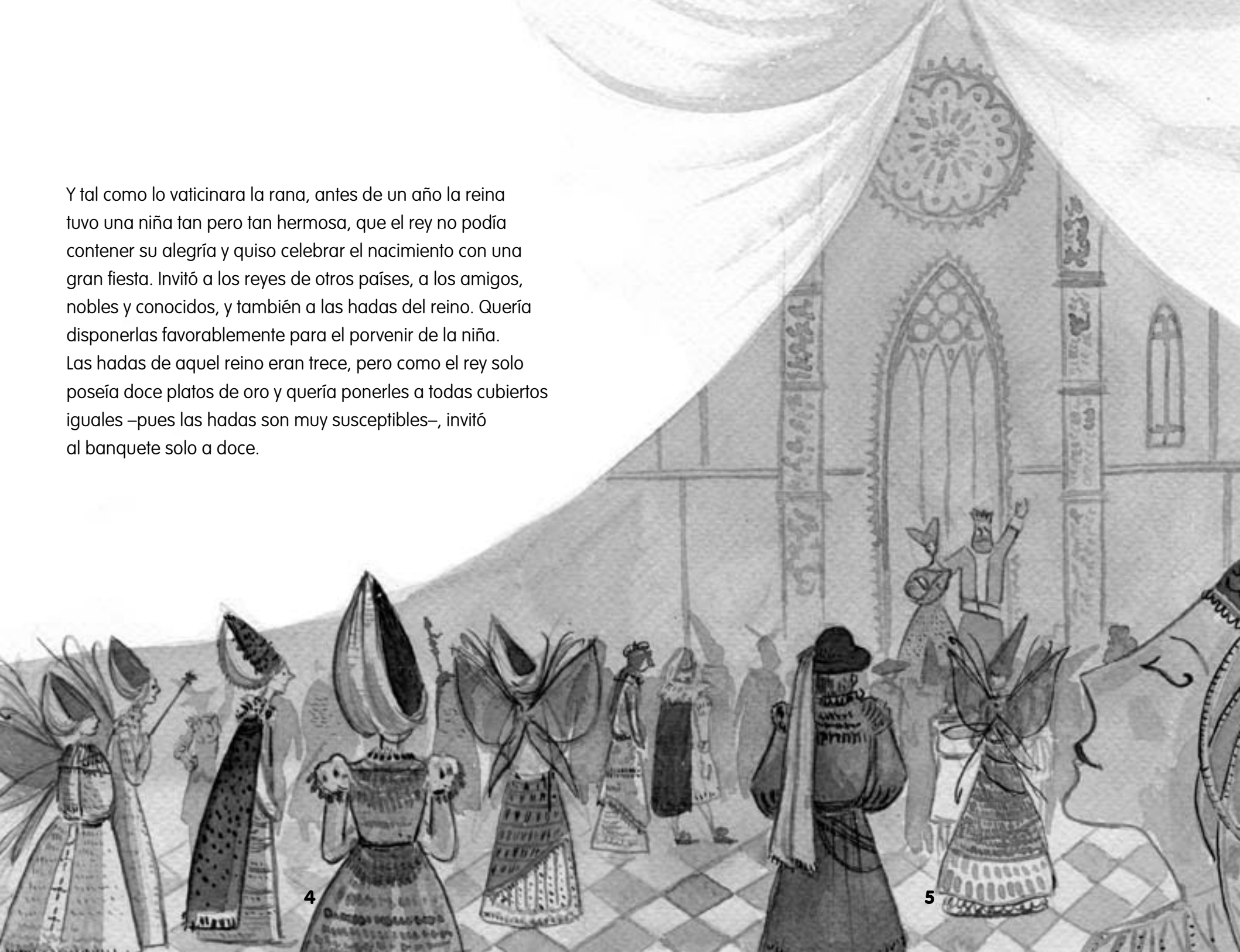




Hasta que cierto día en que la reina se estaba bañando en el río, una rana saltó del agua a la tierra y le dijo:

– Tus deseos serán cumplidos; antes de un año darás a luz a una hija.

Y tal como lo vaticinara la rana, antes de un año la reina tuvo una niña tan pero tan hermosa, que el rey no podía contener su alegría y quiso celebrar el nacimiento con una gran fiesta. Invitó a los reyes de otros países, a los amigos, nobles y conocidos, y también a las hadas del reino. Quería disponerlas favorablemente para el porvenir de la niña. Las hadas de aquel reino eran trece, pero como el rey solo poseía doce platos de oro y quería ponerles a todas cubiertos iguales –pues las hadas son muy susceptibles–, invitó al banquete solo a doce.





La fiesta fue verdaderamente espléndida y, al final del banquete, las hadas ofrecieron sus dones a la recién nacida.

La primera le dio la virtud; la segunda, la belleza; la tercera, la riqueza; y, así sucesivamente, le otorgaron todo aquello que en el mundo pueda desearse.

Estaba por anunciar su ofrenda la número doce cuando un silencio de muerte invadió el salón del palacio. Las puertas se abrieron de par en par y dejaron pasar a la vieja hada que no había sido invitada. Quería vengarse por el desaire sufrido y, sin saludar ni mirar a nadie, extendió la huesuda mano de largas uñas y exclamó con voz ronca:

– La princesa se pinchará con el huso de una rueca al cumplir los quince años y caerá muerta.

Sin decir una palabra más, dio media vuelta y dejó el salón.

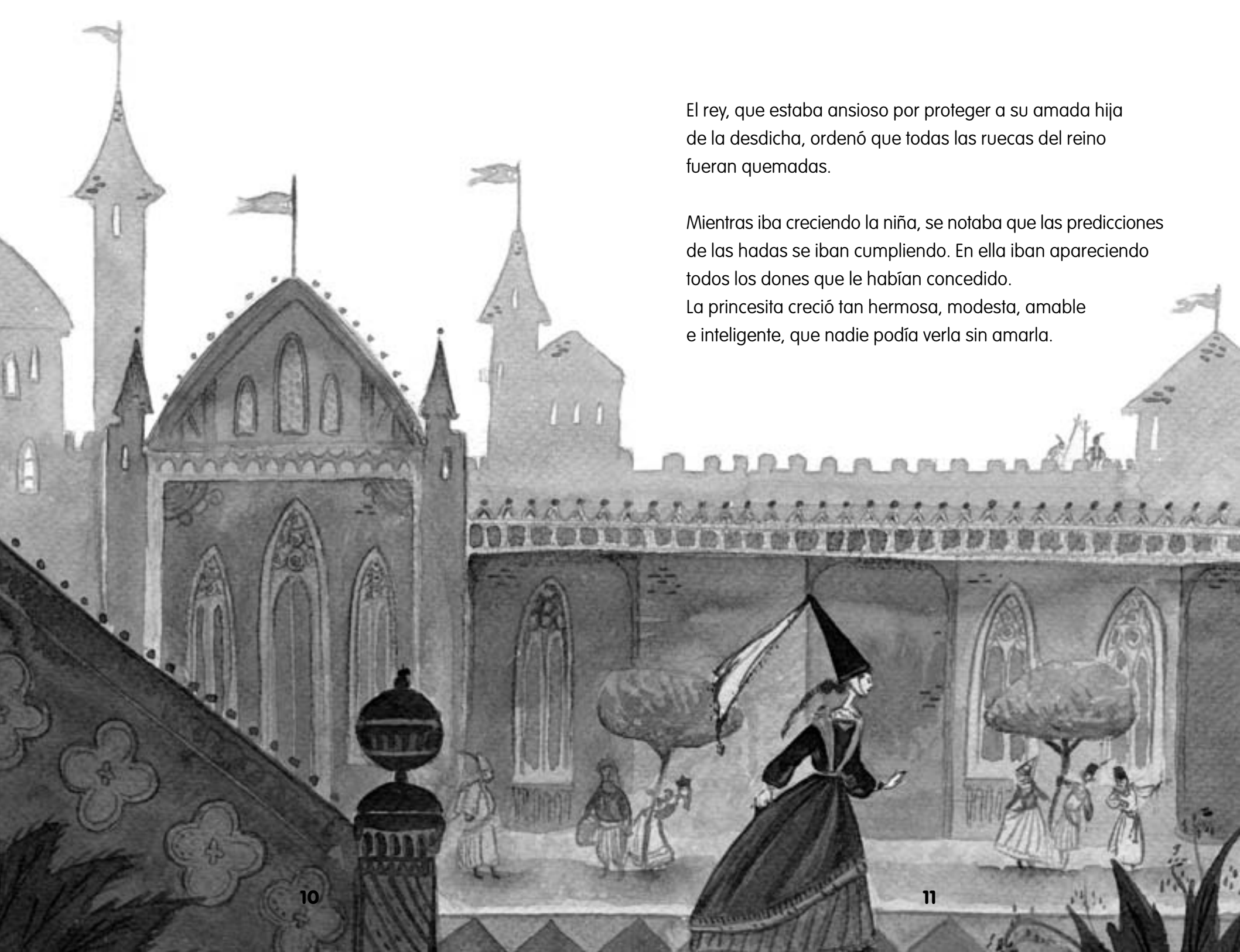


Todos los presentes sintieron gran terror. Pero faltaba que la duodécima hada otorgara su don.

He ahí que la joven hada se adelantó para tomar la palabra. No tenía el poder para cambiar el destino fijado por la anterior, pero sí para atenuarlo, y mirando a la niña y a sus padres, así dijo con voz dulce:

– La princesita no caerá muerta. Se sumirá en un profundo sueño que durará cien años.





El rey, que estaba ansioso por proteger a su amada hija de la desdicha, ordenó que todas las rucas del reino fueran quemadas.

Mientras iba creciendo la niña, se notaba que las predicciones de las hadas se iban cumpliendo. En ella iban apareciendo todos los dones que le habían concedido.

La princesita creció tan hermosa, modesta, amable e inteligente, que nadie podía verla sin amarla.



Mas he aquí que cierto día, cuando la princesita cumplió los quince años, el rey y la reina se hallaban ausentes del palacio. Entonces, la joven se quedó sola y quiso conocer todos los rincones del castillo. Entró y salió de todas las habitaciones que se le antojaban, hasta que llegó a una torre. Subió por una estrecha escalera escondida y llegó a una puertecita que nunca había visto. En la cerradura estaba puesta una llave enmohecida. La princesa la hizo girar y la puerta se abrió.

En la pequeña habitación, una viejecita, con un huso en la mano, hilaba laboriosamente lino blanco como la nieve.

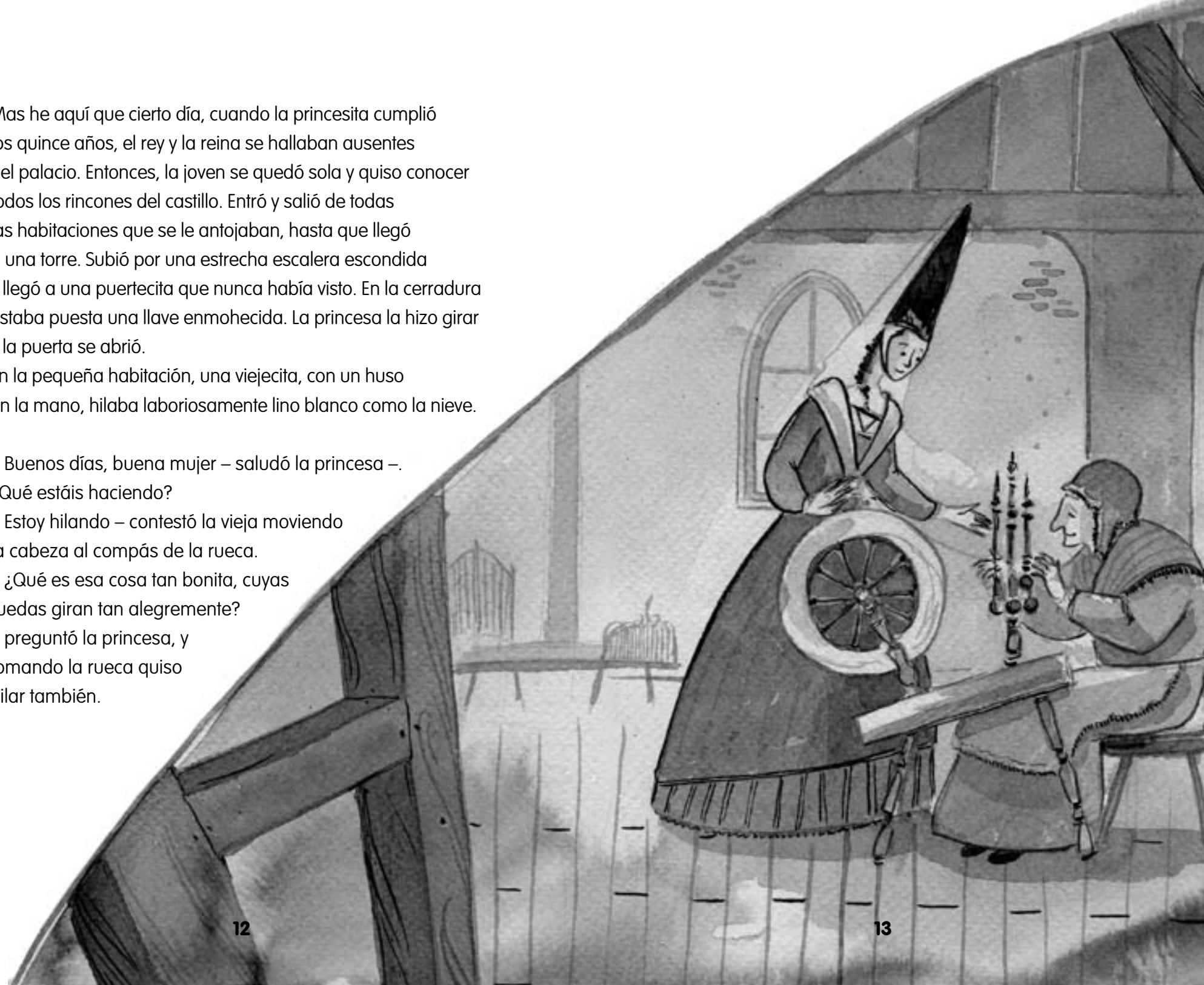
– Buenos días, buena mujer – saludó la princesa –.

¿Qué estáis haciendo?

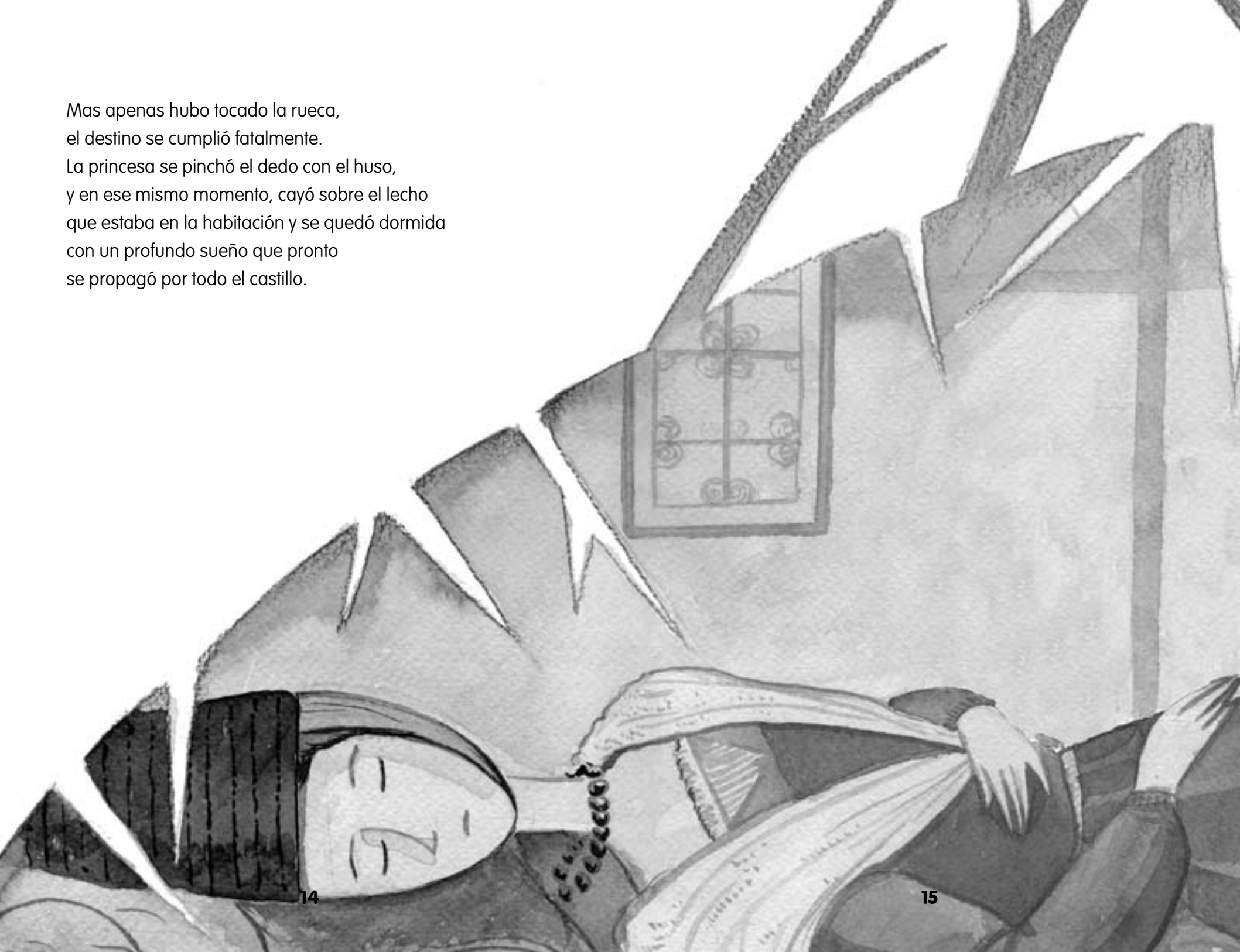
– Estoy hilando – contestó la vieja moviendo la cabeza al compás de la rueca.

– ¿Qué es esa cosa tan bonita, cuyas ruedas giran tan alegremente?

– preguntó la princesa, y tomando la rueca quiso hilar también.

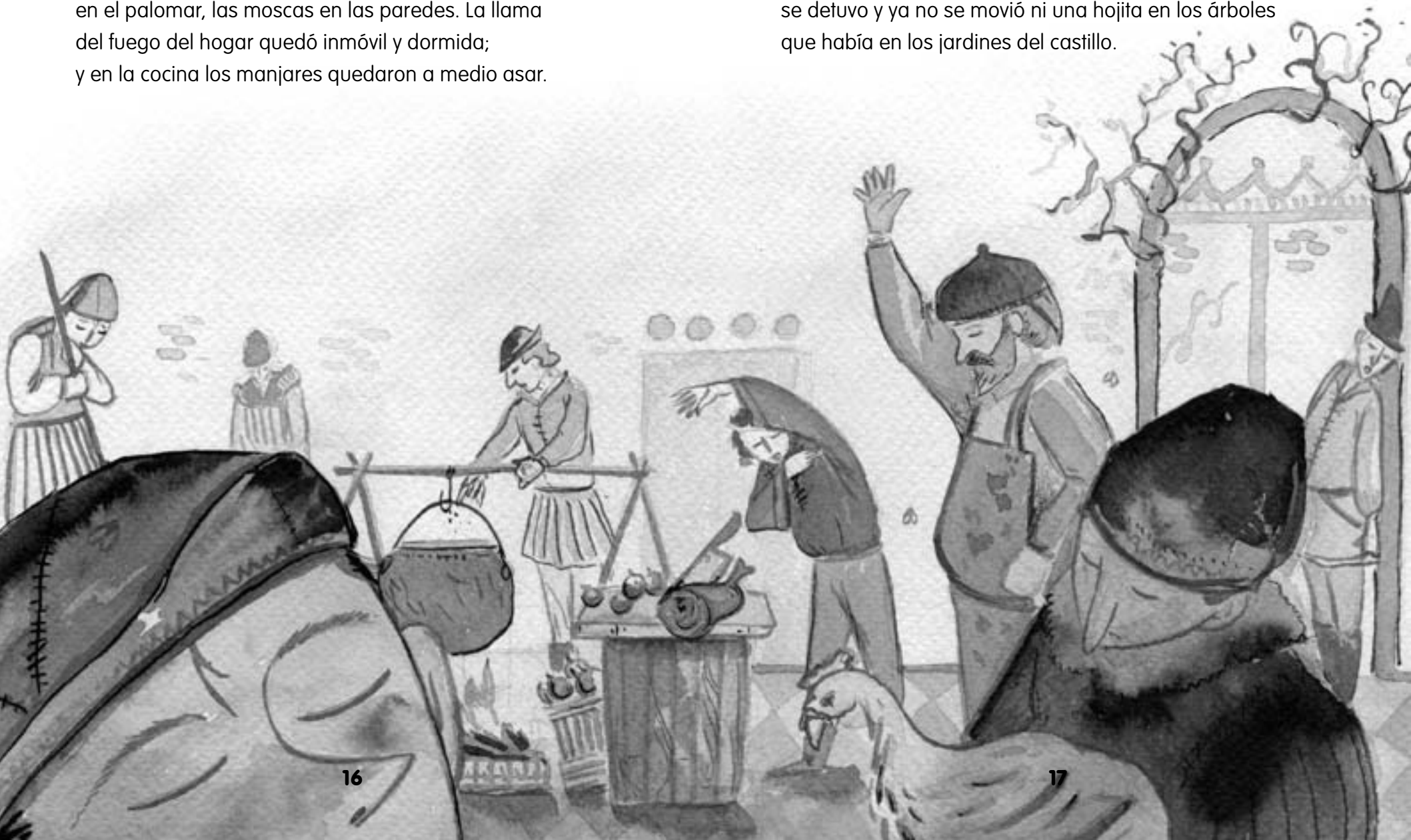


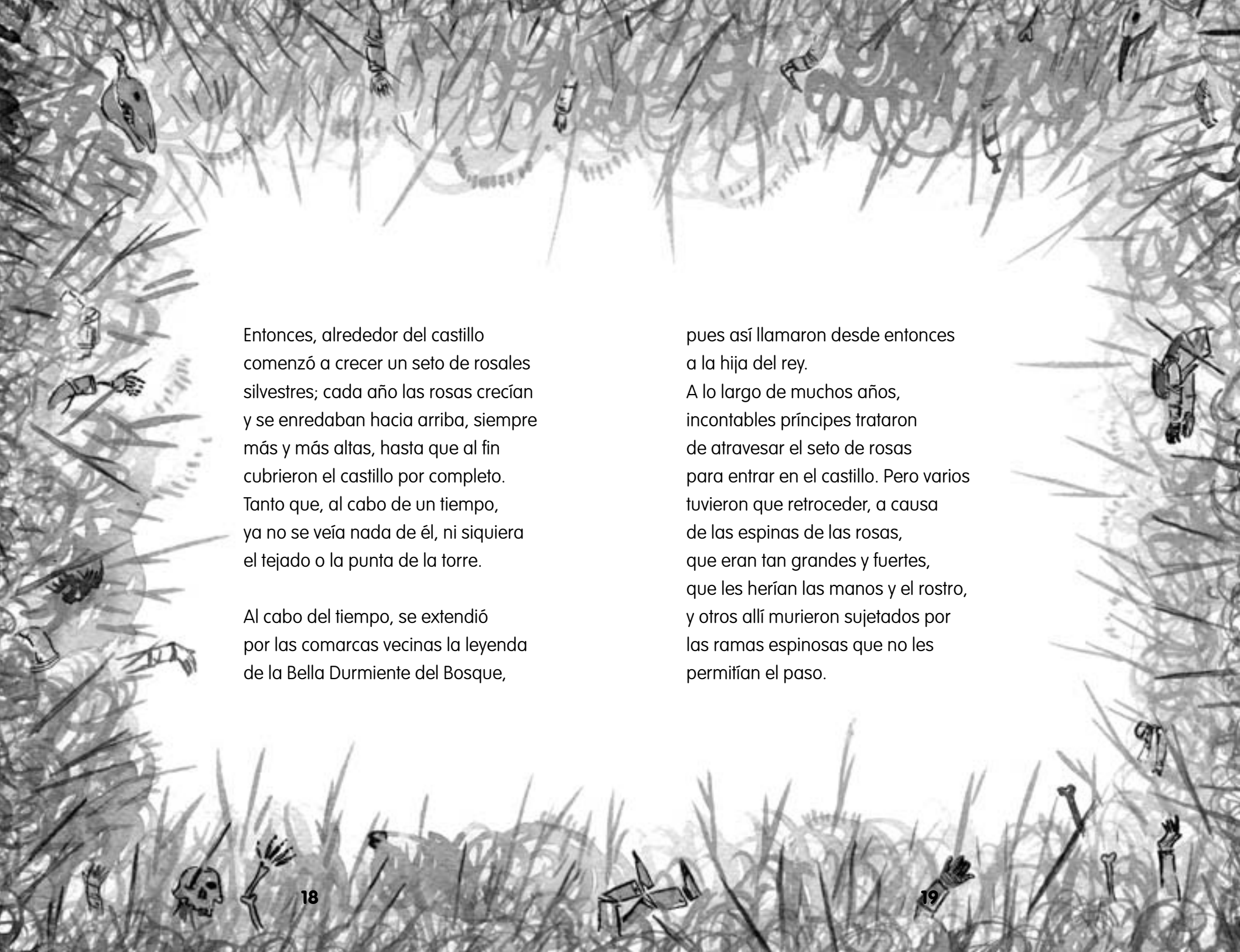
Mas apenas hubo tocado la rueca,  
el destino se cumplió fatalmente.  
La princesa se pinchó el dedo con el huso,  
y en ese mismo momento, cayó sobre el lecho  
que estaba en la habitación y se quedó dormida  
con un profundo sueño que pronto  
se propagó por todo el castillo.



El rey y la reina, que acababan de llegar, y estaban en el vestíbulo de palacio, se quedaron dormidos allí mismo y, con ellos, toda la corte. Se durmieron los caballos en el establo, los perros en el patio, las palomas en el palomar, las moscas en las paredes. La llama del fuego del hogar quedó inmóvil y dormida; y en la cocina los manjares quedaron a medio asar.

El cocinero, que en aquel momento levantaba el brazo para pegarle al ayudante, que le había hecho una jugarreta, se quedó dormido con el brazo en alto. La cocinera se durmió despellejando una gallina. Hasta el viento se detuvo y ya no se movió ni una hojita en los árboles que había en los jardines del castillo.





Entonces, alrededor del castillo comenzó a crecer un seto de rosales silvestres; cada año las rosas crecían y se enredaban hacia arriba, siempre más y más altas, hasta que al fin cubrieron el castillo por completo. Tanto que, al cabo de un tiempo, ya no se veía nada de él, ni siquiera el tejado o la punta de la torre.

Al cabo del tiempo, se extendió por las comarcas vecinas la leyenda de la Bella Durmiente del Bosque,

pues así llamaron desde entonces a la hija del rey.

A lo largo de muchos años, incontables príncipes trataron de atravesar el seto de rosas para entrar en el castillo. Pero varios tuvieron que retroceder, a causa de las espinas de las rosas, que eran tan grandes y fuertes, que les herían las manos y el rostro, y otros allí murieron sujetados por las ramas espinosas que no les permitían el paso.

Tras largos y largos años, un príncipe de otro reino llegó al país. Era el hijo de un rey y estaba en busca de aventuras. Entonces, oyó relatar a un anciano la leyenda del castillo oculto en el seto de rosas silvestres y la historia de la doncella más hermosa del mundo llamada Rosa Silvestre que dormía desde hacía cien años en sus habitaciones, junto con el rey, la reina y los cortesanos.

El joven supo, además, por el relato del anciano, que muchos príncipes habían pretendido atravesar la muralla de rosas, pero que habían perecido de cruel muerte, atrapados entre las espinas.

Entonces el joven príncipe anunció:

– Yo no temo a las espinas. Quiero ver a la bella durmiente.

Y por mucho que el buen viejo intentó disuadirlo, el príncipe no quiso escuchar sus palabras.



Pero habían transcurrido los cien años justos fijados por el hada duodécima y llegado el día en que Rosa Silvestre debía despertar. Cuando el hijo del rey se aproximó a la muralla de rosales silvestres, encontró que estaba totalmente florecida y cubierta de grandes rosas fragantes. Las flores y las ramas lo dejaban pasar sin causarle ningún daño, y volvían a cerrarse detrás de él como un vallado.

En el patio del palacio y en las cuadras vio a los caballos y a los perros todavía dormidos; en el tejado dormían las palomas con la cabeza bajo el ala, y cuando entró en el palacio, las moscas en las paredes dormían también; lo mismo que el Rey y la Reina, cerca del trono junto con su Corte. En la cocina, el cocinero seguía con la mano levantada como para pegarle a su ayudante y la cocinera seguía con el ave en su regazo dispuesta a desplumarla.

El joven siguió andando en un ambiente tan quieto y silencioso, que podía oír su propia respiración.

Al fin, llegó a la escalerilla de la torre, la subió y abrió la puerta de la pequeñísima habitación en que Rosa Silvestre se había dormido. Allí seguía la princesa tendida sobre el lecho. Estaba tan hermosa, que el príncipe no podía apartar de ella sus ojos; y, como encantado, se inclinó y la besó.

Apenas la tocaron sus labios, Rosa Silvestre abrió los ojos y le dirigió una mirada llena de amor. Bajaron juntos, tomados de las manos, a los salones del palacio donde todo el mundo se iba levantando.



El rey se despertó, lo mismo que la reina y todos los cortesanos, que se contemplaban unos a otros con los ojos llenos de asombro. Los caballos en el establo se pusieron en pie y relincharon de alegría; los perros empezaron a brincar, meneando la cola; las palomas, en el tejado, levantaron las cabezas de bajo las alas, miraron alrededor y volaron hacia los campos; las moscas continuaron su aleteo por las salas, y el fuego, tanto en la chimenea como en la cocina, se levantó y avivó sus llamas.

Las marmitas comenzaron a hervir y el cocinero dejó caer la mano sobre el ayudante y lo hizo proferir un chillido, mientras la cocinera terminaba de desplumar el ave.





En poco tiempo, con mucho esplendor y pompa se celebró la boda del Príncipe con Rosa Silvestre. La fiesta fue magnífica, y el rey y la reina, el príncipe y la princesa vivieron felices hasta el fin de sus días.





La primera versión que se conoce sobre *La Bella Durmiente* fue escrita por Charles Perrault en 1696. Con el nombre de *Bella Durmiente del Bosque*, Perrault puso por escrito una historia algo diferente de la de los hermanos Grimm. Son menos las hadas que intervienen y otros son los dones que le otorgan a la princesa recién nacida, pero la diferencia más importante es que su relato sigue después de que la joven se casa con el príncipe. Cuenta así que el príncipe tenía como madre a una malvada ogresa y que esta intentó comerse a los hijos del matrimonio y matar a la Bella Durmiente.

En 1812, los hermanos Grimm recrean la historia de una hermosa joven a la que llaman, tal vez por su belleza inaccesible, Rosa Silvestre.

¿Quién es esta joven?  
¿Por qué también se la conoce con el nombre de Bella Durmiente del Bosque? Estos son algunos de los interrogantes que van a ser develados a los lectores de esta famosa historia.

